

se puso á espiar qué dirección tomaba; cogió el fusil y salió de caza, porque todos los siberianos son cazadores y tiradores excelentes. Conocía el bosque tan bien como las fieras que lo pueblan; encontró con facilidad las huellas del criado y le disparó un tiro de fusil en la espalda; así recobró su dinero, y dejando abandonado el cadáver á las bestias, regresó tranquilamente á su morada, después de esta pequeña partida de caza.

Durante nuestro viaje escuchamos constantemente hablar de cadáveres encontrados y de crímenes cuyos autores no se descubrían.

La Siberia era en esta época un país desierto, salvaje, no había más camino que el de Moscou; el gobierno estaba entre las manos de la policía. No había entonces nada de extraño en los crímenes que hacían enderezarse los cabellos, y que nadie se ocupaba de esclarecer.

En el reino del zar la vida de un hombre no se estimaba mucho, y en la Siberia absolutamente nada. Hoy, que tantos progresos se han realizado y que la administración de justicia ha sido reformada, este estado de cosas no ha cambiado mucho.

CAPÍTULO XIX

La selva primitiva.—Inútil ensayo de fuga.—La población á lo largo del camino.—El mundo de los criminales.—Los oficiales del convoy.

Nuestro viaje se realizó en gran parte durante el otoño siberiano. La *taiga*, ó selva primitiva, costada por la gran carretera en una extensión de varios millares de *verstas*, presentaba un aspecto maravilloso. La selva ofrecía una variedad infinita, gracias á la multiplicidad de sus esencias, sus senderos deliciosos, los millones de pajarillos que saltaban de rama en rama, poblando el aire con sus cantos. Después del largo sueño del invierno, la vida surgía poderosa, y la Natura entera parecía desbordar su savia en una embriaguez de alegría.

Nosotros solos estábamos en disonancia con esta alegría universal, porque pensábamos en el triste destino que nos estaba reservado; pero á pesar de eso nos sentíamos como resucitados. Después de nuestra larga prisión, este paseo al aire libre hacía de nosotros hombres nuevos, y muchos deportados que habían dejado á Moscou débiles y enfermos, recuperaban las fuerzas en el largo trayecto. La gran carretera de Moscou era entonces, como ya he dicho, el solo medio de co-

municación con la Siberia. A pesar de eso estaba mal cuidada, no tenía buen pavimento y los carros se hundían en los baches hasta el cubo de las ruedas. A distancia de quince ó veinte *verstas* se alineaban las aldeas y las pequeñas ciudades. A los dos lados del camino, al Norte y al Sur, no se podía encontrar la menor traza de habitación humana; se extendía la interminable selva, cruzada sólo por nómadas ó por cazadores que viven en estado salvaje. Extraños pensamientos nos asaltaban; no había más que dar una docena de pasos para estar en libertad; pero el ruido de las cadenas y la presencia de los soldados, que bayoneta al brazo velaban sobre nosotros, desvanecían la ilusión. Apenas nos moviéramos seríamos capturados y vueltos al convoy.

Las pequeñas separaciones nos estaban permitidas por los oficiales, á pesar de prohibirlas el reglamento. Al principio quedé algo sorprendido, pero comprendí bien pronto que tenían el convencimiento de la imposibilidad de nuestra fuga. La cosa á primera vista parecía fácil; nada más sencillo que internarse en el bosque y desaparecer. ¿Quién podría encontrar á un fugitivo en una selva sin caminos ni veredas? Y sin embargo pocos habían intentado la aventura; uno solo, desde hacía mucho tiempo, logró escapar: Dzonkiewitch, que en 1887 fué condenado á cadena perpetua. Logró introducirse en el bosque, pero fué capturado y los soldados lo maltrataron furiosamente en presencia de los oficiales.

Lo transportaron medio muerto al hospital de Krasnoyarsk, y debió á su constitución robusta haber sobrevivido á sus terribles heridas; pero no intentó en toda su vida otro golpe.

Este suceso tuvo lugar un año antes de nuestra

llegada á Krasnoyarsk. Otras tentativas de evasión se habían hecho durante las etapas sin el menor resultado; hasta algunas veces acabaron de una manera trágica.

Es preciso recordar que la Siberia está apenas poblada y que cada individuo que se encuentra en el camino es objeto de la atención pública. Los fugitivos no pueden errar siempre por la selva, son felices cuando medio muertos de fatiga hallan el camino de una aldea; pero los vecinos ayudan á las autoridades, y cuando cogen á un *político* se lo entregan á la policía.

Hasta hace poco tiempo se ha creído, con fundamento entonces, que toda la Siberia era una prisión inmensa, gracias á sus condiciones naturales, que presentan más obstáculos á la fuga que los muros más altos, las rejas más espesas y los guardianes más numerosos; pero esto no era verdad más que para los prisioneros de Estado, á los que las condiciones de existencia en la selva les son desconocidas, porque los criminales de derecho común saben arreglar bien sus asuntos.

Se comprenderá que un gran número tuviéramos la idea de fugarnos en compañía de los presos de derecho común. Pero la mayoría de estas tentativas acaban mal; los vagabundos están siempre prontos para asesinar á un *político* y quitarle su dinero ó sencillamente sus vestidos. Así se supone que pereció Ladislas Izbitsky en 1880.

Un desterrado *administrativo* me ha citado este ejemplo: Se había fugado en compañía de vagabundos, y sorprendió una conversación en que trataban de matarlo durante su sueño; desde entonces pasó varias semanas fingiendo que dormía, pero en realidad despierto. Se puede comprender qué esfuerzo necesitaría para resistir al sueño.

Los criminales mismos no se inspiran confianza, y con frecuencia entre dos camaradas el uno mata al otro. Se dice, por ejemplo, que cuando se encuentran dos en un paraje estrecho ninguno quiere pasar primero, por miedo de ser asesinado por el que va detrás.

Si por casualidad los prisioneros políticos quieren evitar el trato de los criminales de derecho común, se exponen á peligros de otro género. El compañero Wlastopoulo me contó que habiendo sido condenado á cadena perpetua, logró evadirse de acuerdo con Kozióff, un revolucionario que iba á cumplir la misma pena, y estuvieron próximos á ser devorados por un oso. El animal apareció de repente ante ellos y no había medios de salvarse; se arrimaron á un árbol, bien persuadidos de que su última hora había llegado. Por suerte, *don Martín* (1) pasa tranquilamente y se aleja. El hambre y la sed les hicieron pasar terribles torturas.

No habíamos corrido personalmente estos peligros, pero los conocíamos bastante de haberlos oído relatar, y nos dábamos cuenta de que una evasión era absolutamente imposible en estas condiciones.

Dos solos, María Kaljushnaia, condenada á veinte años de trabajos forzados, el estudiante Jordán, que había sido enviado *administrativamente* por cinco años á Siberia, estaban siempre preocupados con proyectos de evasión. Los dos eran jóvenes, apenas de veinte años, y atormentados por aspiraciones de libertad, pero no pudieron realizar ninguno de sus planes; han muerto

(1) El oso.

los dos en la Siberia. María, cuya historia contaré más adelante, en circunstancias bien trágicas.

*
* *

En el curso de tan largo viaje tuvimos ocasión de conocer los pueblos agrupados á lo largo de la carretera; presentaban apariencia de cierto bienestar. Muchas de estas aldeas producían entre nosotros una impresión más favorable que ciertas ciudades y provincias rusas. Las casas eran espaciosas, construidas en madera. Por lo general, tenían dos pisos, ornados á veces de ensambladuras esculpidas y rodeados de barreras; se alineaban de un modo regular durante varias *verstas* á lo largo del camino. En las ventanas principales se veían cortinas y tiestos de flores; las habitaciones estaban tapizadas, bien amuebladas, y algunas veces se permitían el lujo de sillas de madera curvada á la moda vienesa. Sin duda estos hogares eran más bellos y cómodos que los de los aldeanos rusos.

Esto es debido, en parte, á la fecundidad del suelo; los habitantes encuentran también medio de tomar parte en el comercio. Están en el camino comercial de Europa y Asia. Los convoyes y caravanas son numerosos, y algunas veces se ven obligados á detenerse. Los aldeanos no transportan sólo mercancías, sino también á los turistas, y especialmente á los comerciantes que se ven obligados á alquilar coches, los cuales les hacen pagar bien caros.

Ciertas aldeas son tan mal afamadas, que se las designa abiertamente como moradas de ladrones y asesinos. Ninguna caravana pasa sin sufrir

algún daño; se le roba una carga de té, un caballo ú otra cosa cualquiera. Ciertos habitantes no vacilan en tender emboscadas durante la noche y cometer robos á mano armada. Lo extraño es que estos actos de bandidaje no les disminuyan en nada la estimación pública. Se dice bien alto que muchos de los hombres más considerados tienen numerosos robos sobre la conciencia, pero son ricos y esto no les impide ser recibidos en *la buena sociedad* y ocupar puestos honrosos, tales como presidente del consejo de fabricantes, consejero municipal y hasta alcalde.

He óido contar á personas de crédito que tal ó cual alto funcionario, rico y respetable, había hecho su fortuna con bajezas, robos y hasta asesinatos.

Muchos de estos individuos, que poseen ya una fortuna y hasta lo superfluo, no pueden renunciar á sus hábitos de criminales. Véase, por ejemplo, lo que sucedió en Tschita, capital del gobierno de Transbaical, en 1886. El gobernador militar, general Barabach, había ofrecido un banquete á todas las personas importantes de la ciudad. Un rico comerciante, el *burgomaestre* Alexeief, se levantó de la mesa en medio de la comida pretextando negocios urgentes. El honorable ciudadano, ayudado de un cómplice, esperó la llegada del correo; mata al cochero, hiere gravemente al conductor, se apodera de las cartas y todos los objetos de valor y regresa tranquilamente á su domicilio. Pero el conductor, al que habían creído muerto, no estaba más que herido: el asunto no quedó envuelto en el misterio. Un juez de instrucción, de energía extraordinaria, dirigió el proceso, y no se dejó intimidar por el escándalo, como se había hecho dos veces ya; los

dos asesinos fueron llevados ante un Consejo de guerra y condenados á muerte.

Las colonias establecidas á lo largo del camino son muy mezcladas por la variedad de sus orígenes. Hay allí aldeas de grandes rusos, tártaros y otros muchos; esta diversidad se advierte á primera vista. Hay también localidades habitadas exclusivamente por miembros de diferentes sectas, que se ven obligados á establecerse allí por castigo de estar fuera de la religión del Estado.

Me interesaron particularmente las aldeas de los «sabotniki». Los partidarios de esta secta son rusos por la raza, pero su religión es de una forma exclusivamente mosaica. Me parecía raro ver estos representantes típicos de la raza slava tratados como judíos por su religión. Por su manera de vivir y por sus ocupaciones no se diferencian en nada de los aldeanos rusos; sin embargo, sus aldeas se distinguen de las de los cristianos por su limpieza y su apariencia de bienestar.

La mayoría de los criminales, que, como ya he dicho, habían recorrido varias veces el camino, conocían bien las costumbres y los hábitos de los siberianos y tenían muchas cosas interesantes que contar. Según sus informes, no hacían muy buena figura los siberianos. Los vagabundos los odiaban de todo corazón, y se creían muy superiores á ellos, aunque no se hiciesen ilusiones sobre su propio mérito.

—Es verdad que nosotros somos unos bribones, pero valemos mil veces más que toda esa canalla —decían ellos.

Acogían á los siberianos con toda suerte de insultos y expresiones de desprecio, que parecían despertarles una violenta cólera.

La antipatía recíproca de todas estas gentes se

explica por el hecho de que se conocían demasiado bien los unos á los otros.

*
**

Como durante este largo viaje estaba en relaciones íntimas con todo ese mundo, aprendí á conocer por mi propia observación los *criminales-tipos*. Hablaba con ellos largamente con frecuencia, y pude recoger numerosos datos de su vida.

En general, los criminales me producían una impresión mejor de la que esperaba. Sin duda tenían mucho de desagradable y repulsivo; pero esto, según mi modo de ver, era debido menos á su temperamento particular que á la influencia funesta que los *icvans* ejercían sobre ellos. A excepción de un corto número de criminales incurables, la mayor parte pertenecían á la clase de trabajadores del pueblo y tenían sus buenas cualidades y sus defectos. Los rasgos principales eran la resignación á la fatalidad y una humildad excesiva delante de los que juzgan superiores.

Por lo demás, eran buenos muchachos, siempre dispuestos á venir en ayuda de sus compañeros, como es costumbre dominante entre las clases populares de Rusia.

Había también en nuestro convoy un gran número de pobres entes que era imposible calificar en la categoría de criminales. Las administraciones comunales tienen todavía hoy en Rusia el derecho de arrojar de su seno á los individuos que les molestan, y estos desgraciados son conducidos y domiciliados á la fuerza en Siberia, sin proceso; únicamente por el gusto de sus conciudadanos, y, cosa más monstruosa aún, las autoridades comunales toman estas decisiones sin con-

sultar la mayoría de sus habitantes. El secretario del municipio y dos ó tres notables, que se llaman los *kulaki*, encuentran muy sencillo desembarazarse así de las pobres gentes que no son amigas suyas. Es inútil decir que estas injusticias se cometen con los desdichados que no tienen apoyo ni defensa. Las víctimas de este procedimiento bárbaro, que formaban parte de nuestro convoy, tenían mil detalles lamentables que contar, y todo lo que yo pude observar por mí mismo en las aldeas venía á confirmar sus asertos.

Salvo raras excepciones, esta categoría de deportados eran estimables por su semejanza con los aldeanos rusos.

Había también miembros de diversas sectas religiosas, especialmente de «skopcis», que nada tenían de común con los criminales; al contrario, todo lo que yo pude estudiar de la vida y costumbres de estos sectarios en Siberia vino á demostrarme que constituían la parte más laboriosa, más enérgica y más inteligente de la población. En nuestro convoy los sectarios evitaban con cuidado la menor querrela, las riñas y las revueltas de los demás compañeros. Ellos no querían cuestiones ni con las autoridades ni con los inferiores. Se sometían como á una prueba enviada por Dios á todos los malos tratos, á todas las injusticias, á todos los ultrajes de que les hacían víctimas la mayor parte de sus compañeros.

Los prisioneros que tienen menos crímenes sobre la conciencia y han de sufrir penas más leves, son los más tímidos y sumisos. Son ellos los desdichados que se juegan su dinero de varias semanas y se ven expuestos al hambre y los que se prestan á la *sustitución*, delito que les vale fuertes castigos y condena á trabajos forzados. Los

otros los tratan con un desprecio absoluto y les llaman «hombres de biscuit», expresión por cierto bastante apropiada, porque están secos y pálidos. Parecen privados de toda voluntad; el juego es su única pasión y también la fuente de todas sus privaciones y todos sus tormentos.

En el convoy, los «hombres de biscuit» hacían el papel de parias: los oficios más humillantes y los más repugnantes les incumbían, como el de limpiar las letrinas. Sufrían perpetuamente hambre y robaban cuantos objetos caían en sus manos, pero si llegaban á atacar la propiedad de un *ivan*, el ladrón era juzgado severamente. He aquí un ejemplo: un día, un muchacho robó á un *ivan* un pedazo de pan, y la *asociación* lo castigó cruelmente para que aprendiese á respetar en el porvenir á sus miembros.

Como he pronunciado la palabra *asociación*, debo decir que instituciones de este género han existido siempre en el mundo de los criminales. La ley dominante es que cada individuo se debe inclinar ante la voluntad de todos los miembros; todos son iguales en *derecho*, pero los criminales más viejos y más terribles son los jefes, los *iwans* que dirigen la *asociación* según su propio interés. Su voluntad pesa sobre todos los otros; ningún convenio entre individuos es válido sin el consentimiento de la *asociación*. Una sustitución, por ejemplo, no se puede llevar á cabo sin que todos estén advertidos y una parte de la suma vaya á la caja común. Una vez que la *asociación* ha dado su consentimiento, no hay medio de arrepentirse; un condenado que ha aceptado la sustitución y tomado el importe, tendría un conflicto con la *asociación* si se negara á cumplir los términos del contrato; pero esto ocurre muy rara vez, por temor

á la implacable venganza de la *asociación*, que castiga severamente las traiciones. La administración está imposibilitada de proteger al traidor. Podría aislarlo del convoy, enviarlo á otras prisiones; pero en todas partes no faltaría el medio de denunciarlo y que los compañeros cumpliesen la venganza. El espíritu de solidaridad es en este punto poderoso entre los criminales. La *asociación* manobra sin jefe que la represente cerca de las autoridades. Es un puesto de honor que desempeña el más importante.

El jefe es el intermedio entre la administración y los prisioneros, el que recoge el dinero para el viaje y se ocupa de todo lo que concierne á su sociedad. Se encuentra bajo la dependencia directa de sus *grandes electores*, los cuales le dominan, á pesar de su apariencia de gran autoridad. Si quiere por azar sustraerse á su tiranía, encuentran mil medios de crearle un conflicto y desembarazarse de él. El cargo ofrece también ventajas pecuniarias, y con frecuencia el candidato está obligado á dar grandes sumas á sus grandes electores para alcanzar su nombramiento.

*
**

Otro puesto menos honroso, pero de grandes provechos, es el de despensero.

Uno de los condenados tiene el derecho de vender el té, el azúcar, el tabaco y otros objetos semejantes, y proveerlos en secreto de aguardiente y barajas. Este privilegio se le concede por la *asociación* durante un tiempo determinado. Por las noches, cuando están bajo llave, y con frecuencia de día, los condenados se reúnen en grupos

para *probar fortuna*. Unos se juegan el dinero de su viaje, y hasta los vestidos y las botas, que son propiedad del Estado. Naturalmente, los prisioneros son responsables de los objetos que se les han confiado, y cuando faltan á la revista los someten á los castigos más duros. Medio desnudos, cubiertos de harapos, los pobres «hombres de biscuit» tienen que sufrir todos los rigores de la intemperie. Cuando vienen los días fríos, en vez de andar corren, para cansarse y sentir un poco de calor, porque todos sus miembros, entumecidos, tiritan. Se pregunta uno con asombro cómo estos hombres pueden resistir así el frío y el hambre. Varias veces hemos probado á acudir en su ayuda. Desgraciadamente nuestros medios eran limitados, y además ellos no tardaban en perder en el juego lo que les habíamos dado, á pesar de las promesas más solemnes. Algunas veces un jugador afortunado distribuía una parte de la ganancia entre los miserables, y así es que se formaba siempre un gran círculo en torno de los jugadores, siguiendo las peripecias de la fortuna con tanta emoción como los propios interesados. Había también costumbre de que el dispensero pusiera término á la función, pagando de comer y de beber á toda la compañía. Entonces había gran fiesta.

—Vamos á hartarnos—decían,—que es el dispensero quien paga.

*
*
*

Por principio, los oficiales de la escolta no se mezclan jamás en los asuntos de la sociedad; los presos mantienen por sí mismos el orden para

evitar toda intervención y toda queja. Es verdaderamente asombroso ver aquellas gentes, en su mayoría asesinos y ladrones, que se dejan manejar tan fácilmente por un corto número de superiores.

Durante nuestro viaje ninguno de estos prisioneros hizo la menor tentativa de evasión. Está rigurosamente prohibido por la asociación evadirse en el curso de un transporte, á fin de evitar represalias generales. Había á veces cuestiones y disputas, pero no se necesitaba la ingerencia de los soldados, sino la de sus jefes. Se bebía mucho, á pesar de la prohibición de dar nada de alcohol á los prisioneros, pero jamás un hombre borracho apareció delante de un oficial. Sus camaradas velaban á su lado. Se había establecido una especie de acuerdo tácito entre la asociación y el oficial; éste sabía que aflojándoles un poco las riendas podía contar con ellos para mantener el orden y evitar los *negocios*, y por eso los oficiales, en ocasiones, cerraban los ojos ante la violación de tal ó cual artículo del reglamento.

Así, por ejemplo, la mayoría de los prisioneros llevaban cadenas desde Tomsk, pero estaban simplemente sujetas y podían desembarazarse de ellas apenas llegaban á la etapa. Los oficiales lo sabían, pero no les decían nada, aunque estuviera rigurosamente prohibido por el reglamento quitarse las cadenas.

Hay entre los oficiales de convoyes tipos bien distintos; yo he conocido más de cuarenta en el camino de Tomsk á Kara, pero ninguno de ellos es excepción de esta regla. Ningún oficial ejerce la violencia contra los prisioneros de un destacamento ni se muestra rudo ó brutal; al contrario, parece que busca estar bien con ellos, y, sin em-

bargo, estos mismos oficiales se ven á veces perseguidos ante los tribunales por malos tratos á los soldados que tienen bajo sus órdenes.

Es preciso no olvidar que las estaciones de las etapas están situadas en pleno desierto, y que toda vigilancia se hace difícil. En tales condiciones, se comprenden los abusos y las malversaciones. La mayoría de estos oficiales han recibido una educación rudimentaria en ciertas escuelas militares y después los han enviado á la Siberia; naturalmente, un gran número sueltan la brida á sus instintos. Algunos no tienen más placer que el de la bebida, y una vez borrachos se entregan á todos los excesos; exponen en el juego el dinero que se les confía y maltratan á sus subordinados. Hay entre ellos algunos hombres serios, deseosos de hacer economías; son más sobrios, pero los soldados no son más dichosos á su lado por eso.

La mayoría de los oficiales se mostraban llenos de miramientos con nosotros, evitando con cuidado en toda ocasión un conflicto. Mas á pesar de esta actitud general, había pequeños detalles, bastante diferentes entre sí, que tenían gran importancia. Por ejemplo, la hora de levantarse amenazaba continuamente disgustos. También discutíamos con algunos oficiales á causa de las cubetas, que no queríamos guardar en nuestro cuarto toda la noche, porque infestaban el aire y eran desagradables, en especial para las señoras que estaban en nuestra compañía. Si el oficial estaba de mal humor ó prevenido contra nosotros, esta bagatela provocaba con frecuencia protestas, insultos, voces y hasta una insurrección y la amenaza de un consejo de guerra con todas las consecuencias trágicas que le acompañan. Pero jamás

llegamos tan lejos, porque teníamos la felicidad de contar entre nosotros hombres de cierta edad, que venían siempre á calmarnos; tres de entre ellos iban por segunda vez á Siberia y tenían experiencia de estos viajes. Debíamos asimismo mucho á la energía y al tacto de Lazareff, nuestro representante. Algunos oficiales eran muy corteses, nos prestaban periódicos y ponían todo su empeño en atender á nuestros menores deseos.

Algunas veces teníamos felicidades inesperadas. Un oficial conoció un día entre nuestros compañeros al veterano Snigirrioff, su antiguo camarada de escuela, y quedó tan emocionado del encuentro, que durante los tres días que nos acompañó hizo cuanto pudo por procurarnos bienestar. Otro oficial se presentó ante nosotros como partidario del socialismo; había en otros tiempos frecuentado círculos revolucionarios y no ocultaba sus simpatías por nuestra causa. Había leído numerosas obras prohibidas y discutía con nosotros diferentes problemas políticos. Fué una agradable sorpresa encontrar entre los defensores del despotismo un hombre que tenía nuestra idea. Algunas veces la buena acogida de algunos oficiales se debía á una sencilla equivocación, como en las circunstancias siguientes.

Un día que llegamos al alto de la etapa, nos encontramos en la puerta de la habitación un hombre con un traje muy sencillo y con cadenas en las manos. Era un deportado, obrero de fábrica, Stephan Agapoff, que venía de la Siberia oriental á la Siberia occidental á causa de la coronación de 1883, lo que constituía una rebaja á su pena. Su mujer, una aldeana de Siberia, le acompañaba. Como se esperaba nuestro destacamento, el oficial había querido que nos dejaran la pieza

que ocupaban, bajo pretexto de que los prisioneros políticos que iban á llegar eran todos condes y príncipes y no podía hacer dormir en la misma habitación á estos altos personajes con un vulgar obrero. Agapoff y su mujer pensaron que la razón invocada era pueril y rehusaron obedecer. Esto tuvo malas consecuencias para ellos; el oficial hizo encadenar á Agapoff para castigarle, y no se contentó sino con esto. En el reglamento se fija la cantidad de bagaje que cada prisionero tiene derecho á llevar con él, y como la pareja Agapoff llevaba todo lo que había adquirido con su dura labor en la Siberia oriental, había, naturalmente, un exceso de equipaje considerable. El oficial hizo vender en subasta todo lo que pasaba del peso autorizado. Esto era de una maldad tanto más injustificada, cuanto que por lo general se permite á los desterrados llevar con ellos un equipaje bastante voluminoso. Se trataba, además, de gentes que estaban beneficiadas con una medida de clemencia. Los desdichados fueron materialmente despojados. La conducta del oficial nos indignó. Nuestro bravo representante Lazareff fué á buscarlo y le pidió que librara á Agapoff de sus cadenas, á lo que accedió sin hacerse de rogar. Lo cómico es que el creernos á nosotros condes y príncipes, para causar la desgracia del pobre Agapoff, tenía por origen que durante el camino escribimos varias cartas dirigidas al conde Tolstoi, al príncipe Volkonski, al consejero secreto Tschuleinikofj y algunos otros. De aquí la leyenda de que había en nuestro destacamento condes y marqueses.

Desgraciadamente, el asunto de los Agapoff tuvo malas consecuencias. El oficial había dado queja de ellos por ultrajes y desobediencia. Como

castigo fueron enviados á una ciudad del Norte del gobierno de Tobolsk, donde la estancia era mucho más dura que en la Siberia oriental, de donde se les traía por medida de clemencia.

Así el capricho de un oficial es suficiente para hacer la desgracia de dos criaturas humanas.

FIN DEL TOMO PRIMERO